

Todo lo que amo



Ahí están todos; el río también, las lluvias y el sol: la selva. Los hombres y todo su paisaje. Amo esos ojos desnutridos y tantos pies descalzos que me han enseñado a descalzar los míos. Una iglesia, unos pueblos de alma al descubierto que intentan experimentar en sus vidas el don de la Verdad que es el Evangelio.

Prefiero correr asustado con los asustados y llorar con ellos el efecto de las bombas. Prefiero sentir miedo en presencia de cascos, prepotencia, porras y fusiles, y que me llamen “subversivo” por haberme arrodillado al paso de los pobres, incorporándome luego a sus filas. Prefiero amarlos a ellos,

aunque me hayan temblado las piernas por el miedo, siendo corrido y despreciado como ellos. No odio, nunca odiaré, pero... ¡malditos sillones desde donde se redactan documentos pidiendo a este mar humano más calma todavía y todavía más paciencia! Aprender a amar aún a costa de sangre y privación. Y que se seque el propio manantial por haber bebido tantos de él, ¡qué fiesta! Dar, dar, dar siempre y sin retorno. Nuestras manos nunca tirarán piedras; estarán vacías, pedirán justicia, acariciarán... Es todo lo que amo.

F.P.

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/todo-lo-que-amo